
COSAS DE GUIPUZCOA

ARTISTA Y FRAILE

Hace años como no ignoras, lector cumplido, que nuestras investigaciones giran alrededor de todo aquello que se relaciona con Guipúzcoa.

Si no resultan esos trabajos exonerados con galanura y brillantez cualidades de que nuestro espíritu se halla exento por ésto, por lo otro ó porque somos así, en cambio, cuanto esta pobre pluma ofrece, es fruto legítimo del entusiasmo inmenso de quien siente por su casa é por sus montes amor profundo, y expone todo ello conforme brota.

Sucesos de índoles diversas, gloriosos unos y de triste recordación otros; á veces asuntos que casi iban relegándose al olvido; consignamos cuanto llegamos á saber digno de mención dando forma á datos y noticias verbales hasta aquí, todo lo cual conseguimos presentar al lector, sí, con disimulo, y pretextando oportunidad con frecuencia, en el aniversario ó día de la fecha, para darlo á la estampa.

Pero hoy, prescindiendo de tales consideraciones por nuestra parte y dando justa preferencia sobre otros originales que nos han de servir para nueva ocasión, vamos á ocuparnos por el momento escuetamente, de un hábil dibujante, grabador y pintor que, en los cuarenta años que residió en la celda de un convento, no dejó de trabajar un día con su lápiz, su pincel y su buril.

Muchas de las obras editadas por aquellos días fueron ilustradas hábilmente por este artista religioso.

El pintor y grabador de estas líneas es fray Matías de Irala; no nació en Guipúzcoa sino en Madrid, el año 1680, pero era hijo y muy querido de una ilustre familia de la Universidad de Anzuola que, trasladada á la corte por motivos particulares, á esta casualidad fué debido que el futuro artista fraile no naciera en la patria de sus padres.

Desde muy joven se sintió inclinado y con singulares aptitudes para la pintura, tanto que fué necesario ceder á los laudables deseos, y para que su afición favorita no se distrajera é impulsado al mismo tiempo por arraigados sentimientos religiosos, á los veinticuatro años de edad, tomó el hábito en el convento de la Victoria de la Corte.

Sus superiores, al hacerse cargo de las disposiciones felices del joven grabador y pintor, le concedieron todo género de facilidades para que el nuevo hermano cultivara sin interrupción aquellas facultades de artista.

Así vivió por espacio de cuarenta años—dicen las líneas en donde hemos hallado la noticia de este venerable religioso—sin salir de la celda sino para ir al coro y al refectorio, con edificación de toda la comunidad por su modestia, silencio y pobreza y humildad, y con aprecio de los artistas por su continuo estudio é inteligencia en el dibujo y por la dulzura con que enseñaba á los que se aprovechaban de sus luces.

Ocurre hoy con Irala lo que con Baltasar de Echave, con Ignacio de Iriarte, con Miguel de Olarreaga, con Miguel de Osarin, con Gabriel de Anziondo, con Juan de Arriola y demás antiguos pintores y dibujantes guipuzcoanos de gran renombre, de los cuales, no se halla en Guipúzcoa rastro ninguno de sus celebradas producciones.

Sabemos que los citados artistas fueron muy solicitados, pero ningún trabajo conocemos de ellos, excepción de Iriarte y Echave, de quienes hemos hablado anteriormente.

En su convento dejó Matías de Irala varios cuadros, siendo notable el que representaba «San Francisco de Paula repartiendo hierbas y frutas á los pobres para remedio de sus dolencias».

En la iglesia magistral de Alcalá de Henares se conservaba otro lienzo del mismo autor «Santo Tomás de Aquino».

Entre los muchos grabados debidos al buril del venerable descendiente de Anzuola, se cuentan; una Concepción sobre un movido gru-

po de Angeles, ejecutado en 1713; las portadas de la obra histórica Monarquía indiana (1723); la del libro titulado Defensorio de la religiosidad de los caballeros militares, etc.

Grabó también con carácter y gracia las estampas de las Aventuras de Telémaco.

A propósito: en mi colección de objetos antiguos vascongados conservo una estampa interesantísima (grabada en acero) con un detalle admirable. Dicha estampa figura la Virgen del Coro de esta ciudad, con una leyenda careterística.

El grabado es de principios del siglo XVIII y por la curiosidad que despierta merece un artículo que en breve hemos de publicar.

El maestro Irala grabó varios retratos que alcanzaron buen éxito, siendo muy distinguido el del cardenal Molina.

A los setenta y tres años de edad falleció este incansable artista en el mismo convento de la Victoria.

Entre los montones de papel que dejó en la celda se recogieron buen número de láminas, croquis, dibujos A pluma, al lapiz, modelos diversos, estampas de procedimientos, etc.

Parte de lo que dejó el buen fraile, se vendió, por cierto, con bien escasa esplendidez por parte de los compradores.

Entre la comunidad se repartieron algunos recuerdos del inolvidable hermano.

Creernos, no sin fundamento, que algún dibujo, grabado ó pintura debió llegar á la villa de Anzuola, pero dado los disturbios que se han sucedido en esta provincia, cabe que á sus consecuencias hayan desaparecido, como sucedió con otras obras de arte. por ejemplo, con los cuadros que existieron en el convento de San Telmo de San Sebastián viejo.

La personalidad de Irala por su doble carácter de religioso y artista inspira sumo interés.

Sus cualidades excelentes, su modestia, su humildad y su corazón de angel, en una palabra, su manera de ser, se asemeja al espiritual Fray Angélico, pues como el célebre pintor de la escuela florentina, también Irala dibujaba y pintaba confortando antes su alma con el auxilio de los Sacramentos y las oraciones.